



Chigua-Chía



GERMÁN MARIÑO



Chigua-Chía



TALLER DE EDICIÓN • ROCCA

© Germán Mariño
© Taller de Edición • Rocca

Primera edición, diciembre de 2012

Edición y producción editorial: TALLER DE EDICIÓN • ROCCA® S. A.
Carrera 4ªA N° 26A-91, oficina 203
Teléfonos/Fax.: 243 2862 - 243 8591
taller@tallerdeedicion.com
www.tallerdeedicion.com

IMPRESO Y HECHO EN COLOMBIA • PRINTED AND MADE IN COLOMBIA

Introducción

Germán me ha pedido que lo acompañe en sus recuerdos.

Así, he dejado volar mi imaginación hasta CHIGUA-CHÍA, y he podido escuchar la vitalidad que alberga la noche profunda, percibir los verdes que recrean el paisaje, recorrer los caminos, contener la respiración frente al aleteo frenético del colibrí, para luego aspirar con deleite el aire transparente, el aroma del borrachero, de los ocobos y llenar mis ojos con el destello de las buganvillas y los girasoles.

Así, en aquel “pedacito del cielo” he abierto mi mente para comprender la sapiencia y las costumbres de los pobladores de CHIGUA-CHÍA, de gentes sencillas que saben leer los presagios cifrados del relámpago. He recreado en mis propios recuerdos el mercado poblado de rostros campesinos, blancos como la cuajada, rodeados del producto de la tierra en sus variados colores y formas, de las balanzas de antaño y de los mil

cachivaches de un mundo que pareciera detenido en el tiempo. He recreado las ferias y fiestas patronales que convocan a campesinos, entre el estrépito de voladores y de mechas de tejo.

Así, he acompañado también a nuestro querido amigo en su recuerdo del quehacer minucioso para la realización de este, su propio “pedacito”, bajo ese inmenso cielo. He cerrado los ojos para verlo enseñar a su pequeño hijo el cultivo del huerto, la observación de las constelaciones, el amor por sus mascotas *Terremoto* y *Parche*, la construcción de una casita en el árbol, vestir el Año Viejo. Lo he visto sentado en el pasto húmedo, soñando y con las esculturas que hoy, como un ejército de seres extraordinarios, rodean la casa y escoltan sus reflexiones y la redacción de estos, sus escritos, que él llama el “arte de perder el tiempo”.

Gracias, Germán, por presentarnos tus ojos y tu sensibilidad para acercarnos a CHIGUA—CHÍA.

Desde LUVINA, siempre,
ÁNGELA PONCE DE LEÓN



Percepciones

Pedacito de cielo

Por la carretera recogí una viejita campesina que hablaba como una lora sobre todos los noticieros que oía por la radio. Me dijo que en Choachí no había huracanes, como en Estados Unidos; que no dejaban botados a los bebés en las puertas de las iglesias para que los recogieran, como en Bogotá; que no había guerras, como en Irak... Lo mejor fue su demoledora conclusión: no hay duda, “en Choachí tenemos un pedacito de cielo”.



Aprendizajes

Sobre el campo la gente de la ciudad tiene que aprenderlo todo. Es como si viajara a otro planeta. De ahí que no conozca el nombre de los árboles ni los ciclos de las cosechas; que sea incapaz de leer los presagios cifrados en los relámpagos, o la diferencia entre una mata de habichuela y una de arveja. Hasta debe comprobar la veracidad de aquél refrán que dice, “perro que ladra no muerde” y queda maravillada cuando se da cuenta que las gallinas duermen en los árboles.



Noche

En el campo los ruidos de la noche son muy distintos a los del día.

Unos parecen de ultratumba; recuerdan los cuentos de fantasmas y vampiros.

Otros dan un tono como para acompañar canciones de cuna.

Los ruidos de la noche son ambiguos, ambivalentes.

Los emite una fauna que va de las ranas hasta las chicharras, que nunca se ven pero están por todas partes.

Dicen que algunos “bichos” cantan hasta reventarse y que lo hacen por amor.



Verde

Al empezar el invierno toda la tierra se pone verde. Verde es el color que simboliza la vida vegetal.

Después vendrán las flores y entonces el verde se mezclará con todos los demás colores.

El verde le da profundidad al paisaje. Ya no es plano y cobrizo como en el verano; se ve en alto relieve.

Y los riscos aparecen perfectamente lisos, como si hubiesen sido cortados con un chulillo gigante, asemejándose a una tajada de queso o de mantequilla.

Los nubarrones negros que anuncian lluvia ensombrecen pedazos de las montañas, pero en lugar de producir un efecto lúgubre, aumentan el contraste y el verde se ve aún más verde.



Chicha

Muchos campesinos de la vereda toman chicha de caña. La muelen en el trapiche de doña Ana, la misma que nos trae la leche todos los fines de semana, excepto en vacaciones, cuando llega una multitud de nietos a visitarla.

No la venden ni la compran; la preparan colectivamente en un ritual que los agrupa. Aquí no se cumple el verso inculpador, “amigo a beber se dijo, sin haber molido caña...”.

Con la chicha soportan las extenuantes jornadas agrícolas, quizá de una forma similar a los indígenas de los Andes, cuando mascaban la coca.

Pero no se emborrachan durante el trabajo. Se emborrachan en las fiestas del pueblo y los fines de semana. Allí uno termina por enterarse que fulanito de tal se acostó con la mujer de menganito y si la suerte no ayuda, la borrachera termina con un acuchillado.

Pájaros

Hoy vi un pájaro entrar en la “cuevita” que construyó en la vara de guadua. Me sentí en un documental de *Discovery Channel*. Oía y oía el picoteo. Pensé que era el viento moviendo la bandera tibetana que monté. Pero qué va: era un pájaro carpintero. Tienen una parte de la cabeza de color rojo.

Llamé a mi hijo y le conté.

Los picaflones son un espectáculo insólito porque poseen destrezas de helicópteros. Se quedan suspendidos en el aire con el pico introducido en las flores varios centímetros chupando el néctar. Y una vez cogen confianza lo hacen a poquísima distancia de los intrusos –uno o dos metros–. De pura casualidad saqué una foto en el instante preciso. Vamos a ver qué sale.

Al amanecer los pájaros cantan como si se les fuera a acabar el día.

Mi hijo de cuatro años dice que no dejan dormir.

Todos cantan con melodías cifradas: se llaman, se enamoran, pelean.

Por más aturridos que la ciudad nos haya vueltos los oídos, sus silbidos resaltan tanto en el silencio del campo que se escuchan e inconscientemente intentamos localizarlos con la mirada.

Y le entran a uno unas ganas locas de saber cómo son y cómo se llaman. ¿Corresponderá su forma a lo imaginado? ¿Son amarillos? ¿Tienen el pecho rojo?

No deja de ser desconcertante que el autor de un canto esperanzador sea un pajarraco negro, que más parece un ave de mal agüero.

Aunque realmente puedo reconocer tan sólo dos o tres cantos, el del turpial sobresale. Tiene un ritmo elemental que se pega, que dan deseos de imitar. Logra despertar la atención hasta el punto en que se termina por olvidar los monótonos ruidos de los gallos, que únicamente se justifican al recordar la patraña según la cual eran precisamente sus cantos los que hacían salir el sol.

Son como un regalo de la naturaleza; cantan como hasta las nueve de la mañana. Dicen

que anidan en un eucalipto cercano pero que los persiguen mucho porque pagan hasta sesenta mil pesos por la pareja. La manera de cogerlos dizque es encerrar otro en una jaula y cuando los demás vienen a alimentarlo, los atrapan. Triste destino para la solidaridad.



Agua

Sólo valoramos su verdadera magnitud cuando la vereda se queda dos meses sin una gota, después de que en el invierno las quebradas se llenan hasta reventar.

Ahora comprendo por qué ha generado guerras. Es como el petróleo.

De inmediato uno se encoge de hombros ante la impotencia de no poder almacenar toda la que sobra en época de lluvias. Y es que construir presas para una región tan poco poblada cuesta demasiado dinero..., y no da suficientes votos.

Cerca a las quebradas se amontonan decenas de mangueras que como serpientes, se enroscan en los árboles y se pierden después de hacer unas tantas piruetas; conducen el agua hasta los tanques y los aspersores que riegan los sembrados de cebolla y con los cuales mi hijo juega a no dejarse mojar.

Ferías

A principios de enero, por Reyes, son Las Fiestas: Reinado, Exposición de ganado, Corrida de toros, Conjuntos musicales...

Los principales patrocinadores son las cervecerías; recogen sus inversiones multiplicadas por mil, porque la gente bebe como “agua pucha”.

Todo es como de imitación: el reinado, del Reinado de Cartagena; los toros, de la Feria de Cali. Se siente un sabor que oscila entre lo cursi y la tristeza. Se pretende ser lo que no se es y se termina haciendo caricaturas.

Pero Las Fiestas son la ocasión para muchas otras cosas: el concurso veredal a los mejores productos, donde compramos una cebolla tan grande como un balón de fútbol. La mezcla de la gente que vive en el pueblo con los campesinos, donde como en todos los carnavales del mundo por un instante parece como si se borrran las diferencias de clase. El conocimiento de

los “dueños del pueblo”: los ganaderos, los del hotel, los del supermercado y uno que otro mafiosito engalanado con cadenas de oro.

También están los comerciantes itinerantes que venden sombreros y ruanas de tela con dibujos de toros y leyendas que dicen, “Choachí, contigo en Paz, para que más”, aludiendo claramente a fantasmas inmencionables.

Se encienden centenares de voladores que a pesar de llenar de luz el cielo como estrellas fugaces, son un peligro; en estas fiestas estalló una caseta con pólvora quemando no sé cuántos niños y volando en pedazos un soldadito, que armado hasta los dientes con granadas y cinturones llenos de balas, era realmente un polvorín andante. Ni siquiera el cargar un escapulario de esos que regalan las abuelitas cuando a los mocetones se los llevan a prestar el servicio militar, le sirvió para impedir que se comportara como una mecha de tejo, que fue lo que muchos pensamos era el ruido que oímos un domingo hacia las ocho de la noche.

El seminario

El edificio del antiguo seminario Monfortiano se encuentra enclavado en el centro de una gran finca, ubicada en la única tierra plana de Choachí. Austero, enorme y desolado.

Cuentan que en sus épocas gloriosas albergaba hasta doscientos seminaristas, reclutados entre muchachos campesinos que motivados por “el olor a santidad” y porque era su única posibilidad de cursar gratis el bachillerato, colmaban el vetusto edificio en donde hoy viven como espantos tres curitas, cuidando celosamente su espacio feudal de manera tan mezquina, que para impedir que ocasionalmente alguien lo atravesase eludiendo ser arrollado por las busetas que pasan disparadas por la carretera, sueltan unos perros enormes tan desesperados y amargados –por estar todo el día amarrados– como sus dueños...

Paisajes

Hoy pasé nuevamente por las matas de borrachero. Son blancas, como de primera comunión. Es cierto que su aroma es tan penetrante que emborracha; lo que prueba que para poner nombres la sabiduría popular es sabia.

A su alrededor se escuchaba un zumbido monótono y peligroso: era todo un enjambre de abejas engolosinadas con sus aromas. Con mucho miedo me acerqué y corté un par de flores para poner en la mesa del comedor. Se murieron demasiado rápido. Hubiera sido mejor dejárselas a las abejas. ¡Ese afán por acabar con la naturalidad de la naturaleza sólo para lucir natural!

¡Todas esas montañas! Van dibujando sus siluetas una tras otra contra el atardecer. Tres, cuatro..., hasta cinco, dependiendo del lugar desde donde se miren. Parecen los telones de una obra de marionetas.

En ocasiones son tenues y nubladas, como los cuadros de Gonzalo Ariza. Y son bellas,

aunque al arte moderno les parezcan cursilerías folklóricas y costumbristas.

El aire es tan transparente que casi se pueden ver las cebollas sembradas en los cerros de en frente, a kilómetros de distancia; y entonces el paisaje se vuelve alucinante.

El paisaje es el único lugar donde las mesetas y los valles que estudiamos en Geografía se pueden ver en la realidad. Una clase viva. Una lección que se aprende. Una tarea que se hace sin pereza.

Durante una semana, una semana cuando mucho, en el verano más crudo, los ocobos se trasmutan en árboles rosados como inmensos ramilletes de flores. Igual que los cerezos japoneses.

Después y durante todo el año, pasan a ser un árbol más donde se clavan los alambres de púas y se rasca una que otra de las pocas vacas que hay. Su belleza radica en esa ecuación que combina la exuberancia con la efímera duración.

Me recuerda el comentario erudito de un amigo biólogo que explicaba la floración de los cactus: sólo lo hacen cuando están reseco y se encuentran próximos a morir. Su mejor esfuerzo para la supervivencia de la especie.

Y de una amiga nicaragüense que en plena guerra buscaba tener un bebé: si muero dejo viva vida, me prolongo.

Al caminar por las montañas hacia las cinco de la tarde es imposible sustraerse ver en ellas el perfil de un animal exótico. Todo parece configurarse para hacer volar la imaginación. Quizá el mismo nombre de la región –Chigua-Chía = La cama de la Luna–, no hace sino corroborar la invencible tentación de inventar historias a partir de sus imágenes.

¿Por qué será que cuesta gozar el paisaje sin tener que conceptualizarlo; sin tener que pronunciarlo con palabras?

¿Tan insensibles nos ha vuelto la razón?
¿Hemos perdido la sensibilidad a lo sensible?

¿Es que sólo gozamos la primera vez y después nos acostumbramos y lo vemos sin verlo?

Si nos alejamos de las montañas por unos días, si ya no podemos verlas, nos hace falta la placidez que producen. Nos sentimos como sin aire, asfixiados.

Con la frecuencia se vuelve normal lo maravilloso, lo real maravilloso pasa a ser parte del menú.

Caminos

La casa está rodeada de caminos que conducen a las diferentes veredas al pueblo, en un enigmático laberinto delicioso de descifrar.

Suben y bajan como rodaderos y por ellos sólo transitan campesinos siempre apurados. De cuando en cuando hay atajos “cariñosos” que evitan alguna escarpada cuesta.

El que va para la vereda de Bovadillas era un camino real; es una interminable escalera de piedras tan grandes como calabazas, que fueron llevadas allí hace siglos a lomo de mula. Ascende prácticamente hasta el cielo en un tramo como de un kilómetro, y al recorrerlo hay que hacer por lo menos cuatro paradas para evitar que se estalle el corazón.

Entre más se sube, el paisaje se torna más soberbio: desde sus recodos se pueden ver simultáneamente Choachí y Fómeque. A lado y lado hay una mancha de árboles llenos de musgo y pencas parásitas que enmarcan los postes de la luz.

La electricidad hace sonar los equipos de sonido de las esporádicas casas con una amplificación que se asemeja a un eco embrujado, pues por pequeños que sean logran retumbar por media cordillera. Es como si el sonido se esparciera por el aire silencioso con la consigna de no detenerse hasta encontrar quien lo escuche.

A Bovadillas también sube una carretera destapada. Ya casi al llegar está el árbol de piedras que descubrimos con mi esposa y mi hijo de cinco años en una de nuestras ansiosas exploraciones. Lo llamamos así porque envuelve con sus raíces una enorme piedra que como no quería dejarlo crecer, resolvió tragársela.

Estando caminando en absoluta soledad – no hay casas, ni sembrados, ni gente; sólo el ruido del viento y potreros con pasto–, súbitamente aparece una cadena de montañas que se pierden entremezcladas con cinturones de niebla.



El jardín

Tener un jardín implica muchos verbos: sembrar, regar, desyerbar, podar, ubicar, fertilizar, fumigar, reproducir y a veces hasta eliminar. Todos estos cuidados se hacen con gusto porque tienen una recompensa maravillosa: las flores.

Descubrí tarde que los jardines permiten acceder a nuevas dimensiones de la vida.

Se originan en los alrededores de las abadías medievales y los templos griegos, como prolongación de lo sagrado. Moctezuma, el legendario guerrero de los aztecas, tenía dalias.

Con el tiempo he ido entendiendo que unas matas son de cosecha y otras perennes; que como cualquier bebé son tremendamente sensibles a la luz y la humedad; que muchas de las más vulgares producen fabulosas flores, como las silvestres maravillas que son una maravilla.

Me ha tocado aprender como a los ratones de Skinner: por el método de ensayo error. Los libros sobre jardinería son para los países del

Primer Mundo donde tienen estaciones; tampoco en ellos aparecen las gallinas de don José – mi vecino– que se la pasan escarbando la tierra como si fueran retroexcavadoras *Caterpillar*, ni el burro de don Misael, que más parece una jirafa –por su inmedible cuello–, y que termina devorando como postre todas las flores que pueda alcanzar por encima de la cerca.

Rasguñando algunas revistas en busca de sus orígenes, encontré que son la expresión de un hombre planetarizado: cualquier modesto jardín campesino posee ejemplares traídos de India, de China, de Italia, de México... ¡El pasto kikuyo es del África!

Las buganvillas que tengo enfrente de la puerta de entrada, en algunas épocas se hallan tan intensamente rojas y moradas que al mirarlas “de sopetón”, enceguecen.

Las margaritas producen tantas flores que no tiene sentido contarlas; los lirios parece que no dejaran de florecer nunca.

Árboles como el simple guayabo o el caucho tienen raíces capaces de demoler un edificio.

Los nombres populares son soberbios; liberales y conservadores, por los colores rojos y

violetas; el incienso, porque huele a iglesia; las gitanas, por sus ropajes verdes y rojos, o amarillos.

Si Humboldt hubiera conocido las nomenclaturas campesinas inspiradas en las analogías, hubiera desistido de incluir en sus extensos catálogos nombres con latinajos impronunciables.

Muchas dan origen a nombres de mujeres; ¿o es al revés?, ¿los nombres de mujer bautizan las flores?: rosa, hortensia, begonia... ¿Por qué no habrá una mujer que se llame anturia?, son hermosas.

Algunas matas no tienen flores pero se regodean con hojas que se asemejan a la paleta de un pintor expresionista; otras se arrastran pero no para envilecerse sino para desplegar coquetamente su hermosura; y otras, como las susanitas ojos negros, poéticamente llamadas “ojos de poeta”, se enredan para ascender si es posible hasta las nubes (sembré unas en un poste de la luz y me las vi “a gatas” para impedir que terminaran enroscadas en las cuerdas). Desafortunadamente son una plaga porque se “apercuellan” de sus anfitriones hasta asfixiarlos.

Mis girasoles, que giran siguiendo al sol como un enorme telescopio, son tan gigantescos

que parecen perdidas remembranzas de la prehistoria. Cuando mueren, dejan centenares de semillas que vienen a comerse los pájaros, engrandeciendo póstumamente su majestuosidad.

Los jazmines huelen a perfume. Las azaleas –originarias de China– moradas o blancas, dan unas flores que parecen pequeños pájaros, nunca tan majestuosas como el Ave del Paraíso –que demora ciento veinte días en germinar–, pero que igual, invitan a volar.

Las hiedras van decorando las piedras para generar un contraste de exotismo y sobriedad.

No he logrado que mis matas de pensamientos prendan. Terminé comprándolas “hechas y derechas” en los viveros de Bogotá y añorando a mi hermana Carmenza a la que se le dan de manera incondicional en su terraza de Nueva York.



El mercado

El mercado todavía huele a campo. Si no fuera por dos o tres soldados que hacen ronda, hasta se diría que es algo parecido a un óleo de finales del siglo XIX.

Se consiguen huevos de amor, que tienen un color amarillo intenso y no saben a pescado ni tienen fragmentos de concentrado en la yema. Hay balanzas romanas de hierro de verdad —no de hierro colado— para pesar la papa: obras de arte de artesanía; y venta de marranos que chillan como si adivinaran que los van “a pasar al papayo”.

Muchos de los vendedores de la plaza son tan blancos como la cuajada que venden, y su cara está esculpida por arrugas y pecas que recuerdan a los conquistadores españoles de los cuales seguramente descienden.

En la parte de arriba de la plaza se encuentran los cachivaches; es como un mercado persa en miniatura: centenares de casetes extendidas

en catres desarmables, eternamente a precios de feria con música de carrilera y rancheras y valletos. Botas de caucho, carritos de plástico, enaguas, navajas, linternas, preciosas vajillas de lata esmaltada, barajas de naipes, cucharas de palo, peinillas de carey para peinarse y peinillas de metal para cortar la maleza y aparentar fiereza cuando se está borracho.





Introspecciones

La casa

La casa donde vivo la diseñé en compañía de Ramiro, el maestro constructor. Es un empírico que estudió –pero nunca terminó– Zootecnia; le hizo campaña al M-19, le enseñó albañilería a media docena de recios campesinos que no sabían sino de cebollas y sequías, curó las heridas de algunos caballos de mafiosos que les metían coca para pasarla de contrabando hasta el Ecuador, y construyó una escuela para el cura de Fómemeque, un pedazo de una bomba de gasolina, los tanques de agua de un criadero de pollos y la casa de campo de Daniel Samper. Un exponente soberbio de la idiosincrasia del rebusque. Un filósofo de la vida que en lugar de escribirla, la vive, y que siempre se refiere a los de mi “pelambre” como “los intelectuales que decidieron convertirse en ermitaños”.

La diseñamos sentados en el pasto húmedo, una tarde sin prisa y sin saber a ciencia cierta de dónde sacaría la plata para construirla.

Resultó de dos pisos, con un ventanal que permite meterse cuatro montañas de una sola mirada.

Tiene una cerca en varas de guadua que según una amiga ilustradora es igual a la del cuento de los “Los tres cerditos” donde incrusté unos buganviles morados que hay que defender de las enormes, regordetas, repugnantes y devoradoras chizas, con un poco de “espichadas” y otro poco de químicos.



Perdedera de tiempo

Hacia dos años que no escribía. Es que para hacerlo necesito tranquilidad. Y casi siempre que bajo (Choachí se encuentra a 1.950 metros contra 2.600 de Bogotá) lo hago para trabajar en algo: redactar un informe, estructurar una conferencia... Sólo logro escribir “pendejadas” cuando no voy a hacer nada; cuando voy a “perder el tiempo”. Ciertamente es cuando más lo disfruto.

Y es que eso de perder el tiempo es todo un arte. Para empezar, hay que eliminar la angustia de perder el tiempo, la angustia por la improductividad. Aunque hoy tengo cincuenta y siete años, el libro del filósofo italiano Norberto Bobbio sobre la senectud me ha sido muy aleccionador. A nuestra generación ya no le alcanzó la vida para estar al día en los paradigmas, dice, porque estos no sólo proliferan desde todas las disciplinas sino que además son efímeros (pasan de moda cuando apenas uno está acabando de asimilarlos). Pobres los intelectuales jóvenes. Para nosotros los

paradigmas eran pocos (el marxismo, el estructuralismo y cuando mucho el psicoanálisis) y permanecieron incólumes casi hasta la caída del muro de Berlín, donde se derrumban los socialismos reales y las certezas y universalismos de la modernidad.

Intento no olvidar la respuesta de Neruda cuando le preguntaron qué haría si pudiera volver a vivir: “Trataría de contemplar más atardeceres”.



Mi hijo

En estas vacaciones mi hijo aprendió a nadar y a leer. Y fue como un milagro. Se siente una alegría muy cercana al llanto.

Con seguridad el cuento que todas las noches de manera religiosa le lee la mamá, jugó un papel fundamental en sus ganas de aprender a leer.

Pero el paso entre el no saber y el saber se dio de “la noche a la mañana”; prácticamente sin darnos cuenta.

Toda la psicología de Piaget que tanto me costó aprender, es rota permanentemente por las intervenciones de mi hijo. Y dízque Piaget investigó a sus hijos. ¿Serán bobos los niños de Ginebra?

Como Graciela anda por Israel duermo con Juanjo. Qué lío. Con la disculpa de que siento miedo, se me enrosca como una *Boa constrictor*. Entre el estar pendiente para que no se destaque pero que tampoco me ahorque, amanezco

desvelado. Dormir con un niño es un verdadero arte.

Hoy fui con Juan José a la cancha de básquet de la escuela vecina. Peloteó sesenta veces la bola e intentó montar en patines hasta que se le abrieron las piernas y quedó sentado en el piso. Un programa maravilloso que la rutina de la ciudad nunca invita a hacer.

Fuimos caminando a la laguna de Ubaque. Allí los indígenas le rendían culto a no se qué dios. Y no es para menos: su paisaje es solemne. Un enorme cerro como de trescientos metros parece arrodillarse frente a ella.

Se encuentra sembrada de lotos. Siempre cojo tres o cuatro: los que están cerca de la orilla. Se cierran por la noche y se abren con el sol.

Al regreso, mi hijo me hizo repetirle por quinceava vez un cuento que me inventé alguna vez para evitar tener que cargarlo en los hombros. Se me vino a la cabeza al ver un rancho destruido que se encuentra a la orilla de la carretera. Es sobre una “vieja” que haciéndose pasar por bruja le sacaba comida a los campesinos, que terminaron quemándole la casa cuando acabó con todas sus gallinas (dicho en lenguaje directo:

no se dejaron “boletiar”). No hace sino corregirme para evitar que me pierda de la versión original, de la que a mí ya se me olvidaron todos los detalles pero él atesora fielmente en su memoria de elefante.

Hoy llevamos a *Terremoto* en carro al pueblo. Yo le dije a mi hijo que es bueno que conozca otros potreros para que aprenda que las vacas no son perros con cuernos.

Olfatea todo para aprenderlo: dicen que los perros tienen un olfato cien veces mayor que el de los humanos.

Lo trató de envenenar —quizá con razón—, una vecina porque le asustaba a su único capital: un par de terneros. No lo salvó el veterinario empírico del pueblo que siempre me da la misma inyección independientemente del síntoma; ¿será que quiere deshacerse de ellas? Lo hizo el cuidandero con remedios caseros. Qué paradoja, con remedios caseros se murió *Parche* —un dalmata como los de *La noche de las narices frías*— y con remedios caseros se salvó a *Terremoto*. Ambigua sabiduría.

Mi hijo quiere ponerle un apellido a *Terremoto*: *Huracán*. *Terremoto Huracán*. Y de verdad

que jode tanto que bien merecería tan estruendosa manera de llamarse.

Anoche estuvimos mirando el cielo. En la ciudad no se ven sino las antenas de televisión.

Con Juanjo creímos localizar meteoros que se estrellarían en algún lugar de la Tierra produciendo enormes cataclismos; observamos también cometas con largas colas donde leímos toda clase de presagios.

Vimos insinuados: osos, leones, escorpiones, cabras..., en fin, todos los signos del zodiaco, a pesar de que mis conocimientos en astronomía son tan sólo un deseo, y mis cartas estelares las compré en Estados Unidos donde la posición de las estrellas es diferente. Por fortuna, Juanjo es un especialista en los Caballeros del Zodiaco.

En un libro de volcanes vimos que las aguas termales de la piscina del pueblo son parte de un río subterráneo, probablemente calentado por un volcán distante miles de kilómetros.

Está aprendiendo a nadar. Ya atraviesa la piscina termal de Choachí a lo ancho, ayudado de aletas y de una tabla de plástico. No sé si con todo este aparataje parece un hombre rana o una rana.

Juanjo armó esta mañana, ante mis ojos atónitos, un *lego* de carro de astronauta; tenía como treinta piezas. Iba siguiendo las instrucciones casi sin pestañear. Y yo que se lo compré para que viéndomelo hacer fuera aprendiendo. Mi problema es que con frecuencia no me tomo el tiempo suficiente para acompañarlo a crecer.

Construí para él una cabañita sobre unos troncos. La cubrí con una carpa de camión donde un enorme gordo artesano de Choachí que arregla zapatos, repara electrodomésticos y hace avisos publicitarios, le pintó una casa con tejas y flores, tablas y una ventana. Me costó un “jurgo” de plata pero no he logrado que ni la mire. En cambio, María Eve, nuestra vecina, armó con unas sábanas viejas y unas cañas que estaban por ahí botadas una súper tienda que él añora. Su encanto radica en que intervino en su diseño y elaboración. Un secreto simple y profundo que no he terminado de poner en práctica.

Quizá la cabañita no era para él sino para mí.

Juan José está disfrutando al máximo la canasta de básquet. Antes ni la miraba, pero ahora, como está en el equipo de SALUDCOOP, tiene

fiebre. Puede pasar horas jugando solo. Dice que los de la NBC hacen todos los días hasta dos mil lanzamientos.

Ha crecido mucho. Le dijo que es una jirafa con patas de mamut (calza cuarenta y tres). La semana pasada le ganó a Gracielina dos –de tres– juegos de damas chinas, donde ella es un as. Yo sólo los veo porque nunca gano.

Mi hijo “me toma el pelo con las matas”, sobre todo cuando terminan rascándole las orejas al tener que compartir con ellas el asiento de atrás del carro al regresar del vivero del pueblo. Me comentó que no quería saber nada más de matas porque se le iban a olvidar los animales.

Anoche pude ver las Tres Marías. Ya se me olvidó a qué constelación pertenecen. Lo que más me gusta es que ni hijo, después del curso de astronomía que tomamos en Maloka, cada vez que estamos fuera de Bogotá me dice que observemos el cielo. Casi nunca vemos nada..., pero alzamos la mirada.



La huerta

Mi hijo sembró lechugas y zanahorias. Las lechugas crecieron muy bien pero las zanahorias fueron un desastre. Como se sembraron muy juntas resultaron medio enanas. Lo importante es que era su huerta.

Ayer hicimos jugo de lulo y hoy de tomate de árbol. Eso no tendría nada de particular si no fueran sacados de nuestros propios árboles. Las frutas no las compramos en un supermercado. ¡Fuimos capaces de cultivar nuestro alimento! Vivir esa posibilidad es un inusitado privilegio. Claro está que debe pagarse un precio: los lulos tienen tantas espinas que es imposible no ganarse unos “picotazos” a pesar de usar los guantes más sofisticados.



Perros

La última vez que fuimos donde los vecinos que tienen una casa como a medio kilómetro, cuando menos nos dimos cuenta, *Terremoto*, el perro de Juan José, nos había seguido. Cuando lo compré en una finca en los alrededores del pueblo — me costó veinticinco mil, mas la mordida de la mamá—, creí que me “habían metido gato por liebre” pues había pedido un perro y yo le veía media docena de tetillas. Pero no; era un macho. Comprobé mi enorme ignorancia como veterinario.

Es un pastor alemán (mi hijo dice: “Pastor Supermán”). Como que de verdad es de raza: tiene las orejas paradas y no sé cuántos lunares en la cabeza.

Antes habíamos tenido un dálmata: *Parche*. Así lo llamó mi hijo por tener una mancha negra en un ojo, aparentando ser un pirata. Se murió de una broncopulmonía después de que los cuidaderos lo bañaron...; claro, en un día nublado y sin secarlo.

Son como niños chiquitos. Por fortuna lo lloré yo más que Juan José. Está enterrado al lado de un naranjo que algún día será un árbol gigantesco..., como el recuerdo.



Meditación

Comencé a tener lotos. Los traje de la laguna de Ubaque. La arenera de Juan José –que ya no usa porque creció–, la convertí en un estanque. Me quedó una minúscula plazoleta donde a mis pies aparece una docena de lotos. Hasta un incrédulo como yo comienza a sentir en este espacio deseos de meditar.

Yo la llamo la plaza de la meditación zen (sentado).



Alacranes

Por fin, después de diez años me picó un alacrán en el dedo de una mano. Me asusté porque pensé que era una culebra. Como hacia años me había preparado, tenía una ampolla con un antihistamínico –para que no se inflamara– y un Ponstan, para el dolor. Al pasar por donde Juan y María Eve nos encontramos con una amiga enfermera de esas anti-medicina occidental. Me dijo que me echara orines, remedio ampliamente recomendado no sólo en la zona sino en el mundo; María Eve, y todos, lo recordábamos para las “aguamalas” del mar. Aunque me sentía un poco chantajeado, “si quiere que le ponga la inyección, aplíquese orines”, a pesar de mi escepticismo –y repudio– terminé por ceder. Lo chistoso fue que apenas rocié con orines mi dedo me lo lavé y así no era el remedio. Había que dejarlo mojado un buen tiempo. Lo tuve un poco hinchado, medio encalambrado y muy sensible durante unas horas; y ya. Eso fue todo.

Esculturas

A lo largo de estos años he podido sacar tiempo –y dinero– para diseñar algunas esculturas “gigantes” que se incrustan sobre recovecos del jardín en los alrededores de la casita; son únicamente 1.300 metros cuadrados. La idea me vino a la cabeza después de ver un parque en Santiago de Chile, llamado precisamente, el Parque de las Esculturas, al lado del río Mapocho.

Algunas son construidas en varilla de acero; las hay de dos y de tres dimensiones. Creo que realmente terminan siendo estilizaciones de árboles y de plantas; por fortuna no estoy preocupado por entenderlas. Las dibujaba para que las fueran soldando en el taller de ornamentación del pueblo, rompiendo de cuando en cuando con el proyecto inicial, al darme cuenta que en la realidad era absurdo porque pesaba demasiado o se desperdiciaba mucho material. No dejaba de recordar el comentario de García Márquez sobre la creación de *El general en su laberinto*: “quería

escribir un libro sobre el río Magdalena que en el último capítulo apareciera el general y terminé escribiendo un libro sobre el general, donde en el último capítulo aparece el río Magdalena”.

Diseñé también una escultura de piedra, inspirada en unas de Carbonell. Siempre pensé que era ineludible usar la piedra en un terreno donde crecen como las papas. Las ha “sentado” con cemento. Pedro, el hijo de mi vecino campesino, trajo a la espalda desde la quebrada casi medio centenar de piedras tan grandes como pastillas; y poco a poco, improvisando, fue surgiendo un hombre que mira al cielo (eso creo). La ubiqué muy cerca de un pequeño mirador para que me hiciera compañía cada vez que me siento a observar las montañas de Chingaza.

Además hay esculturas de ferretería. Siempre quedo deslumbrado con lo que venden en esos exóticos mercados surrealistas; claro está, para cosas muy distintas de hacer esculturas. Pero qué va, refuncionalizadas surgen como racimos de “art brut”. Hice una escultura con pequeños tubos que enlazándolos con “codos” y “tes”, me sirvieron para generar las ramas de un árbol, todas con un ángulo de noventa grados. También

monté un par de esterillas metálicas llenas de diminutos huequitos que titilan con el sol y la lluvia, que bien pueden parecer un tejido de Olga de Amaral. Y una tarde armé una instalación con PVC, las tuberías de plástico: es un cubo lleno de laberintos, que me recuerda las escaleras sin salida –y sin entrada– de Escher. Como si fuera poco, como me encantaba y no podía tenerla, diseñé una réplica de *Rita 5:30 p.m.*, la prostituta de Grau que está en el Parque Nacional y que se construye con dos siluetas idénticas ensambladas. Mi obra tiene una pequeña diferencia: mide cincuenta centímetros de altura y la de Grau cinco metros.

Colgué diez espejos –del tamaño de una mano–, del arrayán del “patio” trasero. Realmente, más que alejar las “malas energías” como dirían los esotéricos, constituyen una escultura lumínico-cinética que cuando hace viento y sol, proyecta luces en todas las direcciones. Son un verdadero espectáculo.

No hay duda de que las horas que he pasado como escultor de cosas inútiles me han sido muy útiles en el adiestramiento del arte de aprender a perder el tiempo.

Año viejo

Nunca en mi vida había hecho un Año Viejo. Los conocí hace como veinte años cuando terminé pasando un 31 de diciembre en San Agustín.

Este año lo armé con mi camisa más vieja, que resolví rasgar para que no quedara más nueva que la ropa que usan los campesinos, y lo rellené con aserrín que conseguí donde un carpintero del pueblo.

Juanjo le pintó la cara sobre un tarro. Al momento de quemarlo le quitó la cachucha; era su cachucha. Viejita pero “su cachucha”. Y se quemó llevándose todo lo malo del año que había pasado.

Lo único que faltó en este acto simbólico de iniciación a la añeja piromanía cultural fue la presencia de Graciela, mi esposa, que pasó el Año Nuevo en París.

Al terminar de quemarse Juanjo me dijo: papá, ahora hagamos un Año Nuevo.

La guerra

Hace años que no escribía en Choachí.

Vine muy poco, poquísimos, durante casi un año. Me asusté. Entre la delincuencia común y los secuestros de la guerrilla, tenía razones más que suficientes.

Secuestraron a Angulo, un periodista aficionado a las orquídeas y “amigo” de Mariela, la ilustradora de uno de mis últimos trabajos colectivos (GTZ). Es dueño de la casona inmensa de Abadía Méndez, antiguo Presidente de la República que tenía Alzheimer y se bañaba empeloto en el río Blanco —que pasa por el frente de su casa— con la banda presidencial puesta.

Secuestraron a “La Chiva” Cortés. Otro periodista, muy cercano a Carmen Barvo, la directora del CERLALC. La información oficial habla de que el Ejército lo rescató; María Eve lo entrevistó y aparece una guerrillera desertora como elemento central de la “fuga”.

Ambos son importantes y tienen sus fincas en La Unión que queda como a veinte minutos en carro de Choachí. Pero ya todos pasamos a ser posibles botines de guerra.

Sin embargo, lo que más me intimidó fue saber que el Ejército había detenido a una muchacha guerrillera en una vereda cerca de Fómeque. Participó en un “retén” y alguien la reconoció.

Estaba embarazada. Campesina, adoctrinada, convencida. Y cualquiera de los muchachos de las veredas puede ser un magnífico candidato. Sin poder estudiar el bachillerato porque no tienen plata para comprar los zapatos para ir hasta el colegio del pueblo; sin poder trabajar porque nadie da trabajo. “Sin futuro”, como dice la película de Víctor Gaviria.

Las cosas se calmaron y volví. Ciertamente es una calma chicha, pero calma.

Por períodos –en ocasiones hasta dos veces en el año–, los helicópteros del Ejército sobrevuelan las montañas y aparece uno que otro retén, recordando que en la zona existe una columna de la guerrilla que ha disparado y a veces incendiado los cuarteles de Policía de algunas poblaciones vecinas. El indudable tinte dramático de esta realidad se lo

quitaron los niños cuando una tarde al ver pasar los soldados, nuestro hijo de cinco años les preguntó que para dónde iban y el hijo de un amigo gritó a voz en cuello: ¡papá, papá, vienen los policías de tránsito y tienes el carro mal parqueado!

Son las ocho de la noche y lejos muy lejos —a cinco o seis horas caminando—, se oyen detonaciones; en el campo todos los ruidos se escuchan como si fueran “a la vuelta de la esquina”. No es posible confundirlos con esos voladores caseros, peligrosos de echar pero hermosos cuando al estallar se parten formando un racimo de luces y sonidos que atestan el cielo en todas las fiestas campesinas. Son disparos.

A alguien afanado porque no vinieran muchos ciudadanos a comprar parcelas, le respondió tajante una vecina: “... olvídense, por aquí nadie quiere comprar; que la guerrilla, que los asaltos; sólo locos como ustedes lo hacen y de esos no hay muchos”.

A los pocos minutos ya no se oyen más disparos. Han vuelto los voladores. El cielo volvió a ser cielo.

Un amigo comentaba al oír que asaltaron a no se quién en la carretera, que los ratos que ha pasado aquí son tan especiales que bien valen

alguno que otro problema: "... que me roben – dice–; eso qué importa. Yo estoy dispuesto a pagar ese ‘impuesto’. ¡Me han asaltado tres veces en Bogotá sin ninguna compensación!”.

También hemos escuchado balaceras diurnas y nocturnas que nos dejan “psicosiados”. Pero procuramos no olvidar que Bogotá es también una de las ciudades más violentas del planeta, y sin embargo todos los días tenemos que salir a trabajar.

Cada barrio de Bogotá tiene sus mendigos y en todas las esquinas piden limosna; ¿impuesto al desplazamiento por la ciudad?, “¿boleteo?”. Porque la solicitud viene acompañada casi siempre con una amenaza implícita. Y hay que cuidarse de que no lo asalten a uno en la calle pero también evitar que se le metan a la casa.

Qué le vamos hacer; cómo decía Roque Dalton: "... este es el país y el tiempo que nos tocó vivir”.

Algunos dicen que las tomas guerrilleras y los retenes nos recuerdan que vivimos en Colombia y hasta hablan de los “muchachos”.

Nosotros no tenemos tan idealizadas las viejas épocas y tan sólo nos repetimos que

cuando la situación se complique, simplemente nos alejaremos por un tiempo de la zona. Mientras tanto, trataremos de disfrutarla todo lo posible. Quizá terminemos siendo postmodernos y vivamos cada día como si fuera el último. Nos asemejaríamos, entonces, a alguna amiga que con dicha actitud parecía un verdadero “himno a la vida”.



